

Y á ella paz, por sí ó por no.
Hoy la batalla se han dado,
Y aunque Hércules va venciendo,
Para que yo venga huyendo,
No importó ser su criado.
Este es el caso; y así
Á Dios; que el rumor se acerca,
Pues se oye desde mas cerca.....

Dentro ÍOLE.

Íole. Ay infelice de mí!

Egle. Qué es aquello?

Veru. *Que un caballo*
Desbocado se despeña
Desde la mas alta peña
Del monte.

Hesp. *¡Quién remediallo*
Pudiera!

Íole. Dioses, favor!

Hesp. Y mas siendo al parecer
La que despeña muger.

Dentro CUPIDO.

Cup. No temas, Íole; que Amor,
Aunque á otras despeña, á tí,
Porque en su triunfo te empeñes,
Hará, que no te despeñes.

Íole. Ay infelice de mí!

*Al decir ÍOLE este verso, desde no poca altura
cayeron abrazados al tablado ella y CUPIDO;
y dejándola desmayada entre las tres, volvió ar-
rebatadamente á desaparecerse, representando en
el aire los siguientes versos.*

Cup. En mis brazos has caído;
Segura estás. ¿Quién creyera,
Que, para que aborreciera,
La socorriera Cupido?
¿Mas quién no lo creará al ver,
Que Amor, atento á su queja,
Para aborrecer, la deja
Adonde la ha menester?

Hesp. Lleguemos, por si por dicha,
No habiendo muerto, podemos
Su vida amparar.

Las dos. Lleguemos.

Lic. Íole es.

Veru. Qué ansia!

Egle. Qué desdicha!

Hesp. Íole hermosa!

Íole. *Quién me llama?*

Hesp. Quien en albricias de que
Vivas, atenta á la fe,
Con que te estima y te ama,
Mil vidas diera. ¿Qué ha sido
Esto?

Íole. *Que viendo, (ay de mí!)*

Que contra el que aborrecí,
Habian los que amé salido,
Que fueron padre y esposo,
Llevada de mi valor,
Mejor diré de mi amor,
De un caballo apenas oso
Tomar á la rienda el tiento,
Y la noticia al estribo,
Al fuste, al borren, y altivo
Pasarle de bruto á viento,
Cuando al lado de los dos,
Al embestir, me mostré.
Si lo sintieron no sé;
Mas sé, que al encuentro (ay Dios!)
Primera arbolada flecha
El rostro á mi padre hirió,
Y del caballo cayó.
Yo, humana víbora hecha,

Desesperada á morir
En su venganza, me entré
En la batalla. Y tal fue
La violencia del batir
El ijar, que desbocado
El corcel, de espuma lleno,
Rompió al alacran el freno,
Y la montada al bocado.
Tanto la cólera mia
Fue, que, al verme despeñar,
Me holgué, solo por quitar
La sospecha de que huía.
Pero como al desdichado
Aun la muerte se escasea,
Cruel piedad, que cuya sea
No sé, un zéfiro alado
En el aire me detuvo,
Haciendo, que la caída
Menos violenta mi vida
Guardase; y aun despues tuvo
Tan doblados los favores,
Que, si con presteza suma
Me dió allí lecho de pluma,
Aqui me le da de flores. *[Cae desmayada.]*

Las tres. Entrémosla donde pueda
Repararse y descansar.

[Retíranla entre las tres.]

Lic. Id, mientras voy yo á avisar
Á mi amo donde queda,
Ya que el militar espanto
Tregua pone á la batalla.

Sale ANTEO.

Ant. ¿Quién en el mundo se halla
En tanta afficcion, en tanto
Desconsuelo, como yo?
Pues con Euristeo la vida
Y la batalla perdida,
El ejército aclamó
Á Hércules su Rey, en fe
De que él le cumpliría
La palabra, que le había
Dado, en el instante que
Se sepa donde paró,
Bárbaramente entendiendo,
Que á solo escapar huyendo
De la batalla salió,
Que es lo que tambien de mí
Pensará, en viendo, que no
Parezco tampoco yo,
Dél retado; siendo así,
Que desbocado el caballo,
Íole salió, y yo tras ella,
Donde fue fuerza el perdella
De vista; con que me hallo,
Habiéndome desmontado,
Por penetrar la aspereza,
En busca de su belleza,
Sobre rendido, obligado,
Ó viva la encuentre, ó no,
Á dos contrarios extremos;
Pues muerta ambos la perdemos,
Y viva la pierdo yo.
Bien que, porque viva, diera
Mil vidas mi suerte esquivá;
Que á precio de que ella viva,
Poco importa, que yo muera
De tanta zelosa pena,
Como que en la edad de un dia
Amanezca para mia,
Y anochezca para agena. —
Íole hermosa! No responde.
Bella Íole! No me escucha.
Ó mucha desdicha ó mucha

Ventura es la que la esconde.
¿Quién, cielos, me dirá della?
¿Mas quién decirlo podrá,
Como la tierra, si ya
Quien fue rosa, no es estrella? —
Fecunda madre del hombre
En comun y en singular,
Madre de un hijo, á quien dar
Supiste alma, vida y nombre,
Ya que me dió tu piedad
Los tesoros, que me dieron
Tanto lustre, que pudieron
Crecer mi felicidad
Á esposo de Íole bella,
Dime, donde iré á buscarla;
Hállela yo, aunque el hallarla
Venga á ser para perdella.
Y si esto no mereció
Mi llanto, siquiera di,
Si es que vive Íole?

Music. *Sí.*

Ant. Que no se despeñó?

Mus. *No.*

Ant. Pues ya que, madre piadosa,
Te permites oír, ¿por qué
No te dejas ver?

Dentro CÍBELE cantando.

Cibe. *Sí haré.*

Ant. De clavel, jazmín y rosa,
Nuevo iris, al parecer,
Forma una bella guirnalda
A la tierra de esmeralda,
Y al cielo de rosicler.
Sacra Deidad, si mi idea
No miente, entre sus fulgores
Viene derramando flores
De la copia de Amaltea;
Y iluminando horizontes,
Trae tras su vario celage
Todo el bruto vasallage
De los senos de los montes,
Que de un risco en otro yerra,
Como en sacrificios suele
Ante el ara de Cibele,
Que es la Diosa de la tierra.
Á mí se acerca veloz,
Como que hablarme procura.
¡O iguálese á su hermosura
La dulzura de su voz!

*Rasgándose las nubes, que eran cielo del bosque,
apareció en lo mas alto de la frente del teatro
CÍBELE, Diosa de la tierra, en un trono de flo-
res, que á manera de guirnalda iluminaba el aire
con ocultas luces. Traía en una mano la copia
de Amaltea, derramando flores, y en la otra la
rienda de encarnadas colonias, con que al pare-
cer gobernaba uncida la ferocidad de cuatro leo-
nes, que tiraban desde la tierra el trono; á cuyo
tiempo aparecieron por entre unos y otros basti-
dores diversos animales, como en acompañamiento
de su Diosa, la cual en blando movimiento bajó
hasta la punta del tablado, en recitativo estilo
cantando ella, y respondiendo el coro.*

Cibe. *[cant.] Feliz é infeliz amante,*

Pues compitiendo entre sí,
Te hizo feliz el nacer
Y el amar te hizo infeliz,
Ya dejo por tí
En lechos de Mayo
Regazos de Abril.

Music. Y á su voz el eco responde sutil,
Que rompe los aires, dejando por tí.....

*Ella y mus. En lechos de Mayo
Regazos de Abril.*
Cibe. Cibele soy, de la tierra
Tan fecunda emperatriz,
Que del confin oriental
Al occidental confin
En todo su ámbito hermoso
No hay reservado pais,
Que sus montes y sus mares
No descansen sobre mí.
Fieras y flores lo digan,
Viendo á mis plantas rendir
Lo vegetable su tez,
Lo sensible su cerviz;
Dejando por tí,
En lechos de Mayo
Regazos de Abril.
Motejada de que solo
Para el aire concebí
Fruto y flor, y me quedé
No mas que con la raiz;
Por ostentarme Deidad,
Que pudiese competir
Con cuantas contiene el coro
Dese celeste zafir,
Como gusano, que hila
Su misma vida de sí,
Á tí te engendré, sin mas
Padre, que mi mismo ardid:
Viendo, que tu nacimiento
Creyó no mas que el gentil,
Porque nadie le dudara,
No tan solo te ofrecí,
Sin reservarte diamante,
Perla, esmeralda ó rubí,
En plata todo el pacto,
Y en oro todo el ofir.
Mas viéndote hoy en dos riesgos
De amar y de competir
Á cautelarte de entrambos,
Quise á tus voces venir,
Dejando por tí
En lechos de Mayo
Regazos de Abril.
El uno, que es el cuidado
De Íole, no hay que sentir
Su muerte; que Íole vive;
Mas donde, no he de decir,
Por no empeñarte en el riesgo,
De que es preciso morir,
Si vas á buscarla; el otro,
Que es el de haber de reñir
Con Hércules, cuyas fuerzas
Nadie pudo resistir,
Llega á los brazos con él;
Que, aunque él una vez y mil
Te arroje á la tierra, ella
Te sabrá restituir
Dobladas fuerzas, con que
Puedas volver á la lid.
Y en cuanto á que tú no sepas
De Íole, y Hércules sí,
No temas, que á verla llegue;
Pues cuando pretenda ir
Á buscarla, sabré yo
Tanto la senda impedir,
Que no se atreva á pisarla.
Y pues ya quedas aquí,
Sabiendo que vive Íole,
Y como has de resistir
Á Hércules, y que él no irá
Á verla, vuelva el sutil
Aire á repetir sus ecos,
En tanto que yo al pensil

De mi retirado albergue
Vuelvo, de donde sall,
Dejando por tí.....
Music. Dejando por tí.....
Cibe. En lechos de Mayo
Regazos de Abril.
Music. En lechos de Mayo
Regazos de Abril.
[Desapareció, midiendo con la música la distancia de lo alto.]
Ant. Oye, escucha! No tan presto
Te ausentes, sin permitir,
Que, de tanta admiración
Cobrado, diga.....

Dentro LÍCAS, HÉRCULES y ARISTEO.

Lic. Hacia aquí

Herc. Es la senda.
Pues no dejes
En su alcance de seguir
La vereda.

Ant. Gente viene;
Forzoso es al monte huir,
Quien á todo un vencedor
Ejército trae tras sí.
Pues está segura Íole,
Duélete, o cielo! de mí;
No haya tan mal ejemplar,
Como que pueda decir,
Que hallé piedad en la tierra,
Y no en el cielo.

Salen los tres.

Lic. Hacia aquí,
Vuelvo á decir, que es la senda
Del hespérico pais.

Herc. Pues guía, ya que te afirmas,
En que Íole quedó allí.

Arist. Si pudiera aconsejar
Á quien me toca servir,
Dijera, Hércules, que no
Está el triunfo en adquirir
Tanto, como en mantener
Lo adquirido. Siendo así,
Pues que te hallas aclamado
Rey, ¿no es mejor acudir
Á establecer esta voz,
Que dejarlo, por venir
Tras un afecto, que puedes
Lograr despues?

Herc. Para mí
Ni el triunfo ni el reino importan
Tanto, como destruir
Encantos de Amor, llevando
Esclava á Íole, á asistir
Á mi coronación. Vea,
Ya que á un hijo, aborto vil
De la tierra, prefirió
Á Hércules, que merecí
Ser su Rey, á menos costa
Que su esposo.

Lic. Ya de aquí
Se descubren de sus torres
Los homenajes.

Herc. Á abrir,
Á pesar del fiero monstruo,
Que los vela sin dormir,
Sus puertas iré, si fueran
De diamante.

Arist. Y yo tras tí;
Que uno es aconsejar,
Y otro es restado morir.

Lic. Yo no; que uno es morir loco,
Y otro es tratar de vivir.

Herc. Ven pues; que, juntos los dos,
¿Quién nos ha de resistir?

Dentro CÍBELE.

Cibe. Quien en defensa de Íole
Lo impedirá.

Los dos. Cómo?
Cibe. Así.

[Apenas desde lo alto pronunció Cibeles este medio verso, cuando se oyeron en el aire truenos y en la tierra temblores; y abriéndose en ella un volcan, que atravesaba todo el tablado, arrojó de sí tan condensados humos, que oscurecieron el teatro; bien que sin molestia del auditorio; porque estaban compuestos de olorosas gomas; de suerte que lo que pudiera ser fastidio de la vista, se convirtió en lisonja del olfato.]

Herc. Qué es esto, cielos?

Arist. Un fiero
Temblor de tierra, que abrir
Su centro intenta en quebradas
Grietas. [Sale humo.]

Herc. Y no solo á fin
De que sus cavados senos
Quiieran el paso impedir,
Pero de que sus funestas
Bocas arrojan de sí [El terremoto.]
Entupecidos vapores,
Que en pirámides subir
Se ven á empañar la tez
De todo el azul viril.

[Vase.] *Arist.* ¿Quién vió, que el Vesuvio en Libia
Humo exhale?

Lic. Yo lo ví,
Por señas que el verlo fue
De puro ciego. [Terremoto.]

Herc. Aun á mí
La vista perturba; pues
Ni veo alcázar ni jardín.

Arist. En pardas nieblas la tierra
Nos le ha sabido encubrir.

Herc. Como es la madre de Anteo,
Sin duda intenta impedir
Ultrajes de Íole. Pero
No lo podrá conseguir;
Que, si de la tierra el centro
Conjura ella contra mí, [Terremoto.]
Contra ella el del aire yo
Moveré. Quédate aquí,
Aristeo, por si en este
Tiempo Íole intenta ir
Donde yo no sepa della,
Tú lo sepas, con seguir
Sus pasos.

Arist. De mí confía,
Que no faltará de aquí.

Herc. En ese seguro voy,
Como dije, á prevenir,
Pues no puedo por la tierra,
Por el aire entrar. — Tras mí
Ven, Licas. [Vase.]

Lic. Sí haré; que, aunque es
Tan malo el andar tras tí,
Peor fuera que aquí quedara. [Vase.]

Arist. No fuera; pues ya de aquí
Ausente Hércules, la tierra
Sus sinas vuelve á cubrir,
El humo á desvanecer,
Y el alcázar á lucir.
Y si no me engaño, una
Dama viene por aquí.
Si será Íole? Mas no;
Que, aunque yo nunca la ví,
Nunca tampoco borré
Las especies, que imprimí
De su retrato. No es ella.

Salen VERUSA.

Veru. Íole del desmayo en sí
Volvió apenas, cuando de otro
Dolor se tornó á afligir,
Que es no saber de su padre
Ni de la batalla el fin.
Compadecida á su llanto,
Por si fuera tan feliz,
Que con una buena nueva
La pudiera divertir,
Al monte salgo. Allí un hombre
Está. — Sabréisme decir,
Caballero, que en el trage,
Bien el serlo descubris,
En qué paró la batalla,
De cuyo rumor oí

Arist. En estos montes los ecos?
No me atrevo á discurrir
En cual os esté mejor,
Oír la ganancia ú oír
La pérdida, cuando os veo
Tan cuidadosa; y así,
Hasta saber qué deseais
Saber, nada he de decir,
Por no aventurar, que pueda
Ser lo que hayais de sentir.

Veru. Aunque siempre de la patria
El cariño lleva, á mí
Sus victorias ó sus ruinas
No me tocan.

Arist. Quizás sí,
Ya que no á vos, á persona
De cuya parte venis.
Decidla, que un forastero,
Que hallásteis acaso aquí,
No quiso deciros nada.

Veru. Harto en eso me decis.
Quedad con Dios. [Vase.]

Arist. Él os guarde. —
En toda mi vida ví
Igual hermosura. Cielos!
¿Qué fuera, que un infeliz,
Que ni vencido una vez,
Ni otra vencedor, decir
Pudo su pena? Mas esto
No es ahora para aquí.
Baste, que para aquí sea
No dejarla de seguir,
Por verla otra vez. [Vase.]

Salen HÉRCULES y LÍCAS.

Lic. Señor,
¿Esto es caminar ó huir?

Herc. Volar quisiera que fuera,
Licas, hasta descubrir
De la cumbre del Parnaso
La verde cima.

Lic. Eso sí.
Volvámonos á ser guardas
De ninfas, gente feliz
Y alegre; que no hay tal gloria,
Como habitar en pais,
Adonde todo es cantar,
Danzar y bailar, y en fin
Todo es paz y nada es guerra.

Herc. Hablaste como hombre ruin.
Lic. No tanto, que mienta; pues
Ya se escuchan desde aquí,
Al tiempo que Don Pégaso
En el último perfil
Del monte, batiendo el ala,
Tremola al aire la crin,
Dulces músicas. ¿No oyes

Sus blandos acentos?

Herc. Sí.
Acerquémonos á ver
Lo que llegamos á oír.

Al entrarse los dos, empezó á descubrirse un monte, cuya eminencia, casi de improviso, frisó las nubes con la cumbre y los bastidores con la falda; de suerte, que no dejó mas foro el teatro, que su mismo foro y un pedazo de nuevo cielo, que á espaldas suyas, por entre tremoladas bambalinas y quebradas peñas, fingia lejanos horizontes. Ocupaba su cima el Pégaso, extendidas las alas, como haciendo sombra al risco de CALIOPÉ, principal Musa de las nueve, desde cuyo superior asiento derivaban los peñascos sus últimos perfles. Estaban todos coronados de frondosa arboleda; y entre uno y otro tronco, una y otra Ninfa, URANIA y POLIMNIA á la diestra mano, y TERPSICORÉ y CLÍO á la siniestra. Debajo de las cuatro, en segundo descanso, que hacia con adelantadas proyecciones mas corpulento el monte, estaban á un lado MELPÓMENE y ERATO, y á otro EUTERPE y TALIA. Eran sus ropages como los de los signos y los meses, diferenciándose solo en haber trocado el campo azul al nácar, confrontando matices, aquí con las flores, si allá con las estrellas. En el corazon del monte corria tan artificiosa fuente, que, sin agua ni sonido de agua, no se echaba menos ni el agua ni el sonido. Estaban pues las nueve como divertidas en sus siempre festivos solaces, cantando, desasida de la fábula, esta letra.

Mus. Ruiseñor, que volando vas,
Cantando finezas, cantando favores,
¿O cuanta pena y envidia me das!
Pero no; que, si hoy cantas amores,
Tú tendrás celos, y tú llorarás.

Herc. Todo el coro de las Ninfas
Junto está. Mas ay de mí!
Que parece, que la letra
Conmigo ha hablado, al oír,
Para que se irriten mas
Mis vengativos rencores,
Y amor no sean jamas.

Mus. Pero no; que, si hoy cantas amores,.....
El y mus. Tú tendrás celos, y tú llorarás.

Herc. Sagradas hijas de Apolo,
Á quien desde este zenit,
Por cuantos círculos corre
Hasta su opuesto nadir,
Para coronar los rizos
De vuestro peinado ofir,
Flores dora ciento á ciento,
Luces brilla mil á mil,
Vuestro Hércules, por quien
En estos montes vivis
Seguras de incultas fieras,
Amedrentadas de mí,
Por quien á la excelsa cumbre
Nadie se atrevió á subir,
Sin pasaporte de Apolo,
Que yo he de cerrar y abrir,
A beber de los cristales,
En que aquel don infundis,
Que, abandonando lo útil,
Se pagó de lo sutil:
Hoy contra una hermosa fiera
Favor os viene á pedir,
No para amarla, no; pero
Para aborrecerla sí.

Tod. y mus. Ay de tí!
Que vencer á las fieras,
No es vencerse á sí.

Cali. [cant.] Hércules, ya tus hazañas
Sabemos, y que por tí
Templaron Fama y Apolo
La lira con el clarín;
Ya sabemos, que en Tesalia
La hidra pudiste rendir,
En el abismo al cébero,
Y en Calidonia al espin;
Que al leon venciste en Libia,
Donde pudiste adquirir
Lo sagrado del laurel,
Lo sangriento de la lid.
Que perdonaste sabemos
De la Hespéride el jardín;
Mas no sabemos, que puedas
Á tí vencerte; y así.....

Ella y mus. Ay de tí!
Que vencer á las fieras,
No es vencerse á sí.

Cali. Quejoso de Iole vienes,
Procurando desmentir
Con razones de vengar
Sinrazones de sentir.
Teme el ardid del Amor;
Que es tan cauteloso ardid,
Que tal vez para vencer
Hace maña del huir.
Teme su disimulada
Traicion; que sabe vestir
Los desaliños del áspid
De las galas del jazmin.
No te vengues, si te quieres
Vengar de Iole; que ví
Muchas veces, que el dejar
Alcanza mas, que el seguir.
Y si estos avisos no
Te bastan á reducir,
En mi voz y en la de todas
Oirás una vez y mil:.....

Ella y mus. Ay de tí!
Que vencer á las fieras,
No es vencerse á sí.
Herc. Bella Caliope, á quien
Siempre tocó el presidir
Al castalio coro, no
Desconfies del gentil
Espíritu, que me ilustra,
Que deje de conseguir
De Amor, que es fiera de fieras
La victoria; á cuyo fin
Por vuestro Pégaso vengo.
Que le lleve, permitid,
Á que en los golfos del aire
Sea alado bergantin,
Que, á pesar del uracan,
Que levanta contra mí
La tierra, madre de Anteo,
Tomen puerto tan feliz,
Que deshaga los prodigios
De su encantado pensil.

Cali. Si en tu peligro nosotras
No habemos de concurrir,
¿Lo que tú puedes tomar,
Para qué lo has de pedir?

Herc. Dices bien. — Sube por él, [á Licas.
Pues tú tambien has de ir.....

Lic. Dónde?

Herc. En sus ancas.

Lic. Yo? ¿Sus ancas

Herc. Por qué no?

Lic. Porque, si

Él es rocin de poetas,
Y nunca pudo sufrir

Ancas su puchero, ¿cómo
Sufrirá ancas su rocin? [Vase.
Herc. Anda, cobarde. — Y vosotras
Quedad en paz, hasta oír
Mi triunfo.

Todas. Antes, porque no
Te empeñes en él, tras tí
Iremos todas, diciendo:.....

Herc. ¿Qué es lo que habeis de decir?

Todas [cant.] Ay de tí!
Que vencer á las fieras,
No es vencerse á sí.

Herc. Y cómo ireis?

Todas. Desta suerte.

Herc. Pues venid todas, venid;
Vereis de cuan poco os sirve
El escuchar, que decis:.....

Él y tod. Ay de tí!
Que vencer á las fieras,
No es vencerse á sí.

[Cantar la Música este estribillo, repetirlo el coro,
volar el Pégaso á las nubes, Caliope al centro,
y las ocho á distintas partes, llevándose consigo á pe-
dazos el monte, fue tan uno, que al verle deshecho,
apenas pudo percibir la vista el como. Con que cau-
sando mas novedad en todos lo que dejaron de ver,
que lo que vieron, acabó la segunda Jornada.

JORNADA III.

Para empezar la tercera Jornada, no solo se con-
tuvo el coliseo, como hasta aqui, en limitados fo-
ros; pero abriéndose el seno, se dilató hasta dar
con el último centro de su muro; y con ser tan
grande la distancia, aun la hizo mayor la pers-
pectiva. Era un hermoso jardín, cuyas calles
tenian por guarda de sus emparrados dobladas
pilastras de mármol blanco, con remates de lo
mismo. Al pie de cada pilastra habia un tiesto
de porcelana con sus mas usados frutos. Lo que
se descubria dellas eran unos enrejados, á manera
de glorietas, cubiertas de hojas y flores: de suer-
te que, mirando por cualquiera parte, cualquiera
entrecalle era una dilatada galería. La principal
estaba tan sujeta al arte, que le obedecia desde
su primero término al postrero, disminuyendo sus
tamaños con tan ajustada regla, que, huyendo
los unos de los otros, cuanto iban á menos en la
cantidad, iban á mas en la apariencia. Remata-
ban sus líneas en un cenador, y en él una fuente
de varios jaspes, de cuyo surtidor se derramaban
otros caños (no digo con ruido y sin agua, por no
encarecer segunda vez el artificio); en medio de-
sta al parecer suma distancia, estaba un árbol
natural, doradas sus hojas, cuajadas de manza-
nas de oro, sobre cuya copa apareció HÉRCULES
en un blanco caballo alado, á imitación del que
se vió primero en el Parnaso. Á este tiempo se
levantó de la tierra, batiendo tambien las alas y
moviendo las garras y las presas, un escamado
dragon, con que, subiendo el uno y descendiendo
el otro, partido el aire, se salieron al encuentro.
Trabada la batalla, gozaban ambos de cuatro
movimientos; pues elevándose el uno al tiempo que
el otro se abatía, y al contrario abatiéndose el
uno, cuando el otro se elevaba, se buscaban y se
huían, trocando, no solo las alturas, sino tambien
los costados, pues se embestian ya por un lado,
y ya por otro, de cuya boreal lid duró la
contienda lo que duraron estos versos.

Herc. Ya, alado Belerofonte,

Que Bucentoro velero,
Huyendo escollos de tierra,
Golfos navegas de viento,
Ya que la vela del ala
Desplegada, del pie el remo
Batido, timon la cola,
Popa el anca, quilla el cuello,
Proa la frente, la crin
Jarcia, y buque todo el cuerpo,
En alto aire, ya que no
En alta mar, á lo lejos
Descubres de los dorados
Celages el verde puerto:

[Sube el dragon y baja Hércules.

Amaina, amaina; y no temas
El bruto uracan soberbio;
Que, cuando tú el vuelo abates,
Levantar intenta el vuelo.
Y pues al encuentro quiere
Salírte, sal tú al encuentro;
Que, si en nueva cetrería
De sierpe en sacre se ha vuelto,
Yo en águila de bajel
Tambien mudaré el concepto.
Pues cuando él se cale en puntas,
Le buscaré en escarceos,
Haciendo que sea boreal
Campana de nuestro duelo
Toda la vaga region
Del mas capaz elemento.
Avenenado Hipogrifo,
Que, áspid del jardín mas bello,
No solo el tesoro guardas
De amables hechizos, pero
De aborrecidas beldades,
No á robar tus pomas vengo,
Por ser dichoso en amores,
Sino en aborrecimientos.
Embiste otra vez; que no
Me has de poner en rezele,
Por mas que, escamada nube,
Traigas, abortando incendios,
El relámpago en los ojos,
En los bramidos el trueno,
Y el rayo en la exhalacion
Del tósigo de tu aliento.
La clava de Hércules es
La que te hiere. Y supuesto

[Cae el dragon, retirado en los bastidores.

Que oír de Hércules el nombre
Mas, que la clava, le ha muerto,
Á tierra, Pégaso; y vea,
Que á pesar de sus violentos
Vesuvios, Volcanes y Etnas,
Introducido en el centro

[Apéase, y vuela el caballo.

De sus vedados jardines,
Á ella y á sus monstruos venzo.
Y tú, tronco del Amor,
De tus dorados renuevos
Este me da por testigo
Del triunfo, no porque quiero,
Ni ser amado ni amar,
Sino vencer mis desprecios. —
Ha del palacio! Ha del monte!
Salid cuantas estais dentro,
Y entrad cuantos en mi busca
Andais; pues que ya no hay riesgo
Que temer.

Dentro golpes, y salen por una parte ARISTEO,
LÍCAS y Soldados, y por otra HESPERIA, EGGLE,
VERUSA é IOLE, y ANTEO á lo largo.

Arist. [dent.] Romped las puertas

De aquesas voces al eco.

Hesp. [dent.] Acudid al jardín todas,
Á ver quien causa este estruendo.

Lic. Aten al dragon; que vamos.

Ant. Muera yo, y sepa qué es esto.

Iole. Mas que es alguna desdicha,
Que á mí me viene siguiendo.

Todos. Quién daba aqui voces?

Herc. Yo.

Uno. Qué prodigio!

Otro. Qué portento!

Iole. Bien dijeron mis temores.

Hesp. ¿Este no es el hombre, cielos,
Del leon?

Egl. y Ver. Y aun el leon.

Herc. Yo soy. ¿Qué os admira, viendo
Muerto este horrible vestigio,
El ser yo quien le haya muerto?
Pues mal pudiera ser otro.

Lic. Si pudiera; que á lo mesmo
Tambien yo venia á las ancas,
Sino que no entré acá dentro,
Porque no me atreví á entrar.

Herc. En tu busca, Iole, vengo,
Para que sepas quien es
Hércules y quien Anteo;
Hércules, á quien dejaste,
Es el que triunfó venciendo;
Anteo, á quien elegiste,
Es el que se escapó huyendo.
Muerto tu padre, su Rey
Me aclama Libia. El pretexto
Es, cumplirme la palabra,
Que él me dió, y que yo no aprecio;
Que á quien quedó prisionera
No he de tratar como dueño,
El día que por mí mismo,
Avasallado su reino,
Capitulé la corona,
Por quien las armas suspendo.
Ven pues; que has de ser testigo
Del merecido trofeo
De coronarme sin tí.

Ant. No irá tal, sin que primero
Á mí la muerte me des.

Herc. Si eso falta, es fácil eso.

Ant. No mucho; que, si falté
Á nuestro aplazado duelo
De buscarte en la batalla,
Fue por no menor empeño,
Que el de socorrer á Iole; —
Y aun este lo es tambien, puesto [aparte.
Que es dar lugar á su fuga. —
Y pues no hay perdido tiempo,
Retírate de tu gente;
Que en ese bosque te espero,
Donde los dos nos veamos
Brazo á brazo y cuerpo á cuerpo. —
Madre tierra, en confianza [aparte.

Tuya voy, dame tu esfuerzo. [Vase.

Herc. Ya yo te sigo. — Ninguno
Me siga á mí, ó vive el cielo!
Que á quien me siga le mate. —
Tú corta á esa sierpe el cuello; [á Licas.

Que has de llevar su cabeza
Hoy de Júpiter al templo.

Lic. ¡Mal haya mi alma y mi vida,
Si tal cortare! [Vase.

Herc. Aristeo,

Guárdame estas puertas tú,
Como te dije primero,
Porque Iole no se huya,
Á quien prisionera dejo,
Fiada á vosotras, en tanto

Que á él mato y por ella vuelvo. [Fase,
 Arist. Pues que no debo seguirle
 Yo, y obedecerle debo,
 Perdonad, que desta puerta
 No me aparte; deste cielo
 Dijera mejor, mirando
 Tal hermosura.

Íole. Aristeo,
 Si algun tiempo te debí
 Algun mal logrado afecto
 De amor, que apartó mi padre
 Con no mal fundados miedos,
 Duélete de mí; no digan,
 Que te vengaste, supuesto
 Que tomó mejor venganza
 Quien no se vengó, pudiendo.
 Padre, esposo y reino, todo
 Perdí en un día; y pues reino,
 Esposo y padre me dejan
 Vida, que quizá no pierdo
 Por aborrecida, no
 Quites á mis sentimientos
 La desdicha de llorarlos,
 Que es la dicha de tenerlos.
 Dame paso á aquesos montes,
 En cuyo áspero desierto
 Hallaré entre brutas fieras
 Quizá mas acogimiento,
 Que en solo una fiera humana.

Arist. Íole, tus desdichas siento.
 Á Hércules debí la vida
 Vencido; vencedor debo
 Á Hércules el honor,
 En que mis armas ha puesto.
 Sobre esto la confianza,
 Que de mi amistad ha hecho,
 Me acobarda; y porque tú,
 Ni las que me estan oyendo,
 Puedan presumir, que yo
 Villanamente me vengo,
 Jueces las haré, de que,
 Hallándome entre dos riesgos,
 De grosero ó vengativo,
 Elijo del mal el menos;
 Pues lo vengativo infama,
 Bien que mancha lo grosero.
 Yo ví tu retrato, y ví
 Otra hermosura, el extremo
 De lo vivo á lo pintado
 Puedo hacer. Mas baste esto,
 Para que quien entendiére;
 Que aqui es cortes el silencio.
 Entienda, que no es venganza
 El no servirte, sabiendo,
 Si hay razon para mi olvido,
 Que no la hay para tu ceño;
 Pues por no vengarme en tí,
 Quizá en mí mismo me vengo.

Veru. Todo es enigmas este hombre
 En sus respuestas; mas esto
 ¿Qué puede importarme á mí,
 Que parece que lo siento?

Íole. Hesperia, Verusa, Egle,
 Á vuestra piedad apelo.
 ¿Dónde ocultarme podré?

Hesp. Si ves, que ya no tenemos
 Ni aun guardas para nosotras,
 Pues Atlante en favor nuestro
 No se da por ofendido
 De ver su encanto deshecho,
 Quizá porque anda mayor
 Deidad aqui, mal podremos
 Aventurarnos nosotras
 Á su enojo; y mas habiendo

Dejádote en confianza
 Nuestra.

Veru. Lo que yo prometo,
 Es, por tí atreverme á una
 Experiencia; bien que á riesgo
 De que pueda parecer
 Loco desvanecimiento
 El darme por entendida,
 De que algo hermosa parezco.
 La hermosura pues no tiene
 Alhaja de mas aprecio,
 Que el espejo. Dél se dice,
 Que templa la ira, en poniendo
 Al colérico su imágen
 Delante. Y así, aunque fiero
 Vuelva, yo le saldré al paso
 Con él, por ver, si le templo,
 Haciendo que sea menor
 Su enojo, al verle en sí mesmo.

Egle. Yo te ofrezco de mi parte,
 Supuesto que á otros suspendo
 Con mi voz, ver, si por dicha
 Á él le parase suspenso,
 Para que menos airado
 Llegue á tí.

Hesp. Yo te prometo
 Salirle al paso tambien,
 Representándole ejemplos,
 En mis estudios hallados,
 De altos héroes, que tuvieron
 Por mayor de sus victorias
 El verse al amor sujetos.

Veru. Perdona, si esto no basta.

Hesp. Que otras armas no tenemos
 Con que socorrerte, Íole,.....

Las tres. Que hermosura, voz é ingenio.
 [Fase las tres.]

Íole. ¡Ay de aquella, que á experiencias
 Fia su esperanza, siendo
 Así, que experiencias se hacen
 Solo á falta de remedios!
 Dioses, ¿en qué parará
 La lid de Hércules y Anteo,
 Que sobre tantas desdichas,
 Es la última que temo?
 ¿Qué haré, si él llega á morir?

Estaban VÉNUS y CÚPIDO en el aire, can-
 tando, sin verlos Íole.

Ven. Fingir.
 Íole. ¿Qué puede fingir mi estrago?
 Cup. Halago.
 Íole. ¿Y qué será ese furor?
 Cup. Traidor.
 Íole. Eco, ya que á mi dolor
 De oráculo eres trasunto,
 Si él muere, qué haré? pregunto.

[Fase. Ella y los dos. Fingir halago traidor.
 Íole. Mas alivio á mis sospechas,.....
 Cup. Que con flechas,.....
 Íole. En fingir halagos das.
 Ven. Mas.
 Íole. ¿Que serán, no consideras.....?
 Cup. Severas.
 Íole. Mal con voces lisonjeras
 Persuades á mis rencores,
 Vengarse antes con favores,.....

Ella y los dos. Que con flechas mas severas.
 Íole. Dime, anuncio mas cruel,.....
 Ven. Que él.
 Íole. ¿Qué obra halago que se aplica?
 Cup. Domestica.
 Íole. ¿Quién dirá, que dél lo esperas?
 Ven. Las fieras.

Íole. ¿Cómo es posible, que quieras,
 Dudando si vence ó no,
 Hércules, que escuche yo.....?
 Ella y los dos. Que él domestica las fieras.
 Íole. Y pues son vanas quimeras,.....
 Cup. Fieras,
 Íole. El presumir, que su ruina.....
 Ven. Afemina.
 Íole. Dime, si hay medio mejor?
 Cup. Amor.
 Íole. Permite, que mi temor
 Crédito á tu voz no dé;
 Pues nada consuela oír, que.....
 Ella y los dos. Fieras afemina amor.
 Íole. Si ya, viendo mi dolor
 Junto todo, no te obligas
 Á que de una vez me digas,
 Qué medio me está mejor?
 Los dos. Fingir halago traidor;
 Que con flechas mas severas,
 Que él domestica las fieras,
 Fieras afemina amor.

Íole. Pues si el sagrado favor,
 Que por consejo me das,
 Es fingir, desde hoy verás,
 Viéndome contra un furor.....
 [Ella, los dos y toda la Música.]

Music. Fingir halago traidor;
 Que con flechas mas severas,
 Que él domestica las fieras,
 Fieras afemina amor.
 [Fase Íole.]

Ven. [cant.] Pues sigue tus designios,
 Sin apurar mas dellos,
 Que ser contra un tirano,
 Que se huye de tu imperio.
 Dime, siendo, como eres,
 El mas glorioso afecto
 De verdadero amor,
 ¿Por qué su rendimiento
 Fias á amor fingido?

Cup. [cant.] Porque amor verdadero,
 En vez de ser castigo,
 Se convirtiera en premio.
 Que él quiera, y que no sea
 Querido, es lo que quiero;
 Hállese mas burlado,
 Cuanto mas satisfecho.
 De amarle Íole, no
 Pudiera lograr luego
 El que ella enamorada
 Le ponga en el desprecio,
 Que le pondrá mañana,
 Cuando mi prisionero,
 Trocando la acerada
 Clava en vil instrumento,
 Mi carro arrastre. Y pues
 Esto lo dirá el tiempo,
 Dejemos el jardin,
 En tanto que á él volvemos
 Á esforzar, que descubran
 El ignorado fuego,
 Que él piensa que es rencor,
 Belleza, voz é ingenio.

Ven. ¡Ay, que ni ingenio, ni voz, ni belleza
 Han de poder dominar sus afectos,
 Mientras Íole no finja que llora.

Cup. Pues llora, aunque finja.

Los dos. Pues llora, supuesto
 Que no es la primera, que llora fingiendo. [Fase.]

Cúbrese el jardin con el bosque, y salen ANTEO
 y HÉRCULES.

Ant. Al sitio, que apenas bruta
 Planta pisó, guiando vengo
 Tus pasos, porque ninguno
 Nos siga y se ponga en medio.

Herc. Di, que á fin de dilatar
 Tu muerte, que es lo mas cierto.
 Mas ya que solos estamos
 Y ocultos, saca el acero.

Ant. Son muy desiguales armas
 Espada y clava; y en duelo
 Aplazado el igualarlas
 Es ley; y así, pues yo dejo
 La espada, deja la clava
 Y ven á los brazos.

Herc. Eso
 Ya es lo contrario, pues es
 Gana de morir mas presto.

Ant. Tú lo verás, — cuando veas, [aparte.
 Que cobro, en dando en el suelo,
 Dobladas fuerzas.

Herc. Qué aguardas? [Luchan.
 Llegas pues, y del primero
 Impetu verás, si doy
 Contigo en tierra.
 [Cae Anteo, y levántase.]

Ant. ¿Qué has hecho
 En eso, si con mayor
 Valor á la lucha vuelvo? [Luchan.]

Herc. Mas resistencia hallo en tí
 De la que antes hallé; pero
 No importa, para que deje
 De ser superior mi esfuerzo.
 [Cae Anteo, y levántase.]

Ant. Tambien superior el mio,
 Volveré á embestir de nuevo. [Luchan.]

Herc. Qué es esto, cielos? ¿Pues cuando
 Mas le rindo, mas le encuentro
 Fortalecido?

Ant. Pues va [aparte.
 Siempre mi fuerza en aumento,
 En excediendo á la suya,
 Que le he de vencer, es cierto.

Herc. Como es su madre la tierra, [aparte.
 Sin duda ella le da alientos,
 Cuando á ella cae. Y así
 No ha de volver á ella. [Luchan.]

Ant. ¡Cielos,
 Como ahora no me arroja,
 Desalentado falezco!
 Haga maña lo que antes
 Era fuerza.
 [Déjase caer, y levántase.]

Herc. Ahora veo,
 Pues que te dejas caer
 Tú, cuando yo no te dejo,
 Que es señal de que la tierra
 Te fortalece en cayendo.

Ant. Sea lo que fuere, vuelve
 Á la lid.

Herc. Si haré; ya vuelvo; —
 Pero advertido de que [aparte.
 Si allá vencí sus portentos,
 Porque me valí del aire,
 He de hacer aqui lo mesmo.
 No ha de caer en la tierra,
 Por si en el aire le venzo,
 Haciéndole, que en mis brazos
 Rebiente. [Levántale en el aire.]

Ant. Valedme, cielos!
 Que oprimido, sin tocar
 En la tierra, desfalezco.